

SOBRE EL IV SIMPOSIO DE LA FUNDACION
INTERAMERICANA PARA LAS ARTES

POR ALFREDO CHACON

Entre los días 6 y 10 de noviembre de 1967, se llevó a cabo, en un club-balneario cercano a Caracas, el IV Simposio de la Fundación Interamericana para las Artes. Sus discusiones versaron sobre el enunciado "*Nuestro Tiempo y sus cambios*", y contaron con la participación de los siguientes invitados:

De *Argentina*, Jorge Alvarez (editor), Eduardo Costa (escritor), Mariano Carlos Grondona (profesor y columnista), Beatriz Guido (escritora), Julio Le Parc (artista plástico), Luis Felipe Noé (artista plástico) y Leopoldo Torre Nilsson (cineasta y escritor); de *Bolivia*, Gonzalo Sánchez de Lozada (ingeniero y cineasta); de *Brasil*, Luis Alberto Bahía (periodista), Sergio Bernardes (arquitecto), Alberto Dines (periodista), Rubens Gerchman (artista plástico), Jorge Mautner (escritor) y Mario Pedrosa (crítico de arte); de *Colombia*, Germán Arciniegas (escritor y diplomático), Edgar Negret (artista plástico) y Omar

Rayo (artista plástico); de *Chile*, Nicanor Parra (poeta y físico); de *México*, Manuel Felguerez (artista plástico), Mathias Goeritz (arquitecto y artista plástico), Iván Illich (sacerdote y educador) y Gustavo Sainz (escritor); de *Perú*, Julio Cotler (sociólogo), Carlos Delgado (antropólogo) y Alberto Escobar (crítico literario); de *Uruguay*, Luis Camnitzer (artista plástico) y Emir Rodríguez Monegal (crítico literario); de *Venezuela*, Margot Benacerraf (cineasta), Simón Alberto Consalvi (periodista), Alfredo Chacón (poeta y antropólogo), Román Chalbaud (autor y director de teatro), Isaac Choerón (autor de teatro), Julián Ferris (arquitecto), Gerd Leufert (artista plástico y gráfico), Hans Neumann (empresario y coleccionista), Hugo Orozco (coleccionista), Antonio Pascuali (filósofo), Alejandro Otero (artista plástico), María Teresa de Otero (periodista), Miguel Otero Silva (escritor y periodista), José A.

Silva Michelena (sociólogo), Guillermo Sucre (poeta y crítico literario), Augusto Tobito (arquitecto) y Carlos Raul Villanueva (arquitecto); de *Estados Unidos de Norteamérica*, Claude Brown (escritor), Jules Feiffer (dibujante y escritor), Robert J. Fox (sacerdote y educador), Bruce Jay Friedmann (escritor y periodista), Elizabeth Hardwick (escritora y crítico de arte), Lillian Hellman (autora de teatro), Max Lerner (escritor y columnista), Oscar Lewis (antropólogo), Robert Lowell (poeta y autor de teatro), Richard Morse (historiador), Jack Richardson (autor y crítico de teatro), Bárbara Rose (crítico de arte), Harold Rosenberg (crítico de arte), Arthur Schlesinger (historiador), Frank Stella (artista plástico) y Hans van Weeren Griek (director de museo).

Los comentarios sobre este Simposio que ahora voy a consignar, no pretenden ofrecerle al lector un resumen de todas y cada una de las intervenciones que allí tuvieron lugar, sino más bien poner de relieve cuales fueron las tendencias ideológicas que salieron a relucir cada vez que se discutieron problemas inherentes a las conflictivas relaciones económicas, políticas y culturales que hay entre los Estados Unidos y los países lati-

noamericanos. Con el fin de hacer más clara la significación del Simposio dentro de este marco de referencias concretas, creo conveniente reconstruir tanto la imagen de él que se difundió a través del diario venezolano que mayor atención le dedicó, como la imagen crítica de sus finalidades que presentó, en *Declaración* especial, la institución cultural cubana Casa de las Américas; de modo que sea posible confrontar estas imágenes dirigidas a un público más o menos amplio, con lo que efectivamente ocurrió en el Simposio, en cuanto al diálogo propuesto entre intelectuales norteamericanos y latinoamericanos.

El Simposio visto desde fuera

La primera noticia de que este Simposio se iba a celebrar en Venezuela, apareció el 5 de Septiembre en *El Nacional*, con la forma de entrevista al *chairman* de la Fundación Interamericana para las Artes, señor Hans Neumann. A la pregunta del periodista sobre la razón que había para mantener las futuras discusiones vedadas a la prensa, Neumann respondió: "Hay una razón muy simple (...), los asistentes podrán discutir todos los problemas planteados sin inhibiciones de ninguna clase".

Nueve días más tarde, tocó a Robert Wool, Presidente de la Fundación, no solamente informar de nuevo sobre los objetivos institucionales de ella, así como también del costo (80 mil dólares, la mitad de los cuales la aporta el país sede), los patrocinadores (empresas privadas, fundaciones, particulares, la Fundación Nacional para las Artes de Estados Unidos, el gobierno del país de turno), y los beneficios del Simposio ("el contacto directo entre los intelectuales del Hemisferio, auspiciando un intercambio que no existía y que es muy difícil que exista de otra manera"), sino también tratar de convencer al periodista L. B. de que "la prensa en funciones informativas, limita la comunicación entre los asistentes, y queremos evitar toda coacción psicológica que les impida expresarse abiertamente". En boca de Wool estos argumentos tampoco resultaron convincentes, pues la última intervención del periodista fue para decirle: "Perdone, Mr. Wool, pero sigo sin 'entenderlo' claramente".

El mismo asunto, sirvió de justificación a la única negativa a participar en el Simposio que se hizo pública en Venezuela. Fue la del novelista y crítico cinematográfico Rodolfo Izaguirre, quien en carta a Robert Wool, publicada en *El Nacional*

el 14 de octubre, se expresó en los siguientes términos: "Agradezco vivamente la distinción de que usted me hace objeto, pero debo manifestarle que me será imposible asistir a dicha reunión de escritores y artistas por cuanto considero que toda discusión sobre los problemas de la cultura, especialmente en un país como Venezuela, debe realizarse no a puertas cerradas, sino más bien a viva voz y en debate público con la presencia de periodistas en calidad de observadores que puedan difundir sin limitaciones lo debatido en la reunión". La respuesta de la Fundación, firmada por su Secretaria, María Cristina Anzola de Pinilla, y aparecida tres días más tarde en el mismo diario, insiste en el argumento anti-divulgación, de una manera más amplia, pero igualmente ambigua: "Una discusión entre intelectuales para fijar precisamente una estrategia en contra de esos medios de presión y sujeción, gana evidentemente mucho, al no ser criticada y conocida por quienes temperamentalmente o por razones materiales, reaccionan contra el progreso y la universalización de la cultura y el conocimiento".

Esta respuesta incurre, además, en una seria inexactitud, o en un *lapsus* cuyo esclarecimiento público sería de suma impor-

tancia: que yo sepa, en ninguna oportunidad se hizo explícito ante los participantes del Simposio que éste tenía entre sus objetivos “fijar precisamente una estrategia en contra de esos medios de presión y sujeción”; pero como no hay razones para descartar que esto haya estado en la intención no declarada de los organizadores y quizás algunos de los asistentes al Simposio, hay que preguntarse por cuáles motivos este designio no fue propuesto como tema de discusión. Pienso que la respuesta hay que buscarla por el lado de los hechos denunciados por la Casa de las Américas; pues es evidente que entre los enemigos del progreso y la universalización de la cultura, los directivos de la Fundación no incluyen, muy al estilo de los fallidos planes de la Alianza para el Progreso, a los sectores oficiales que consideran, sin duda con razón, que el desarrollo de la actividad cultural como responsabilidad contraria a la deshumanización de la vida social, significa una amenaza para sus intereses políticos.

Varios aspectos de la imagen publicitaria del Simposio, respaldan esta apreciación. El dos de noviembre, casi toda una página de *El Nacional* viene dedicada a los dos primeros invitados que llegaron al país, Oscar

Lewis y Jack Richardson. Una de las fotos que ilustran la entrevista a este último, titulada “Soy un profundo opositor a la política de Johnson”, muestra junto a los recién llegados al Ministro de Relaciones Interiores, al Ministro de Educación y al Presidente del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes. El cinco de noviembre, varios invitados al Simposio asistieron en Caracas a un almuerzo ofrecido por la Fundación, en el que también estuvieron presentes representantes del Gobierno y de las llamadas *fuerzas vivas* de la nación. Cinco días después, en la primera plana de *El Nacional* aparecieron fotografiados con el Presidente de la República, los señores Max Lerner y Arthur Schlesinger. La leyenda decía: “Almuerzo en La Casona a Delegados del Simposium de Artes. El Presidente de la República y la Señora Leoni almorzaron ayer en su residencia (La Casona) con un grupo de personalidades que asisten al Simposium de Artes que se realiza aquí. Asistieron J. M. Siso Martínez, Ministro de Educación; Reinaldo Leandro Mora, Ministro del Interior; Marcos Falcón Briceño, Isaac J. Pardo, Luis Esteban Rey, Juan Oropesa, Germán Arciniegas, Hans Neumann, Oscar Lewis, Arthur Schlesinger, Alejandro

Otero Rodríguez, Emir Rodríguez Monegal, Carlos Delgado, Guillermo Sucre, C. Braun, Simón Alberto Consalvi, Eugenio Soler, Max Lerner y Antonio Pasquali". (El antropólogo peruano Carlos Delgado fue invitado a este almuerzo, pero no asistió).

Radicalmente distinta de esta imagen de relaciones públicas, es la que ofreció una *Declaración de la Casa de las Américas* que circuló entre los intelectuales de América Latina y que fue reproducida y difundida entre los participantes del Simposio, por gestión de uno de ellos. En su primera parte, el documento de la Institución cubana repasa los tres anteriores simposios y señala en cada uno de ellos sus vinculaciones con personeros oficiales de Estados Unidos y de los países donde se han celebrado. Luego, con base en declaraciones formuladas en las Bahamas, cuando comenzó esta serie de reuniones (1962), la *Declaración* cubana las relaciona con "la preocupación norteamericana ante la inquietud social de los intelectuales latinoamericanos por la crisis de América Latina" y les atribuye como objetivo "asociar a estos intelectuales al programa de reformas que luego propugnaría la Alianza para el Progreso". Más ade-

lante, se refiere directamente al IV Simposio, haciendo, en primer lugar, un llamado a la responsabilidad de los intelectuales, científicos y artistas latinoamericanos que allí participan, en el sentido de que lleven "a las discusiones y mesas redondas, las cuestiones que más nos conmueven en la hora presente americana", o sea: "las agresiones armadas del imperialismo a nuestros pueblos", "el derecho de intervención unilateral en nuestros pueblos que se atribuyen los Estados Unidos", "el genocidio que implica la incesante depauperación de las masas latinoamericanas", "el aplastamiento brutal de esas masas por los ejércitos y las oligarquías serviles al imperialismo", y "los procedimientos de matanza colectiva empleados en Viet Nam"; y en segundo lugar, emitiendo sobre la participación en el Simposio de estos intelectuales un juicio que puede parecer contradictorio con el llamado anterior: "Sea cual fuere el deseo del intelectual participante, o incluso su buena voluntad, le es difícil (por no decir imposible), dejar de convertirse, objetivamente, en un cómplice de la política de adormecimiento y castración desatada por el enemigo de nuestros pueblos, el único que impide, con sus armas y

sus compras (de cosas y de hombres), los inevitables 'cambios de nuestro tiempo'".

Todos los datos sobre el Simposio que configuran su imagen pública, convergen a una zona poblada de serias contradicciones. Por lo que respecta a la Fundación Interamericana de las Artes, la contradicción, después de lo que hemos visto, no puede ser sino aparente. Si uno se pregunta cómo es posible conciliar sus declaraciones de independencia y de buena voluntad al servicio del diálogo libre entre intelectuales latinoamericanos y norteamericanos, con la dependencia efectiva que mantiene con Gobiernos y capitalistas, la respuesta no puede sino resolverse en los términos propuestos por el Gobierno Kennedy como nueva táctica para la conservación del dominio norteamericano sobre la economía y la política de los países latinoamericanos; es decir, en términos del fracasado programa de cambios superficiales conocido como Alianza para el Progreso, cuyo objetivo manifiesto y denunciado hasta la saciedad, no es sino reducir la violencia de las contradicciones entre los poderosos y las grandes mayorías de Latinoamérica, y de esa manera evitar las explosiones revolucionarias que pudieran romper los vínculos imperialistas que hacen de nues-

tros países el mayor y más seguro instrumento para la expansión de la economía norteamericana.

En cuanto a los intelectuales que asistimos a este o a cualquiera de los anteriores simposios de la Fundación Interamericana, ¿cuál es la situación? ¿Cuál es el grado de conciencia que en ellos existe de que entre los límites trazados a su libertad por las tácticas tipo Alianza para el Progreso, y las exigencias de honestidad y efectividad crítica que plantean a los hombres mejor dotados culturalmente los graves problemas económicos, políticos y culturales de América Latina, hay una flagrante contradicción?

O dicho en otras palabras: ¿Cómo irían a comportarse en este Simposio los intelectuales norteamericanos y latinoamericanos no comprometidos con las estructuras de poder que sistemáticamente frustran con su poderío la realización de los valores humanos y estéticos que ellos definen y concretan en obras de creación? ¿Qué repercusión podrían alcanzar las discusiones de estos hombres en el proceso universal de confrontación entre la fuerza armada del dinero y la fuerza de la inteligencia humana?

Atraído por estas preguntas, resolví aceptar la invitación a par-

ticipar en el Simposio; y pendiente de ellas aprecié el desarrollo de las discusiones a las que me fue dado asistir. El hecho de que entre los invitados había valiosos representantes de la intelectualidad progresista de norte, centro y suramérica, hacía de este Simposio una buena oportunidad para estimar personalmente hasta qué punto las reuniones de su tipo pueden o no garantizar las condiciones mínimas requeridas para un diálogo auténtico entre los intelectuales norteamericanos y latinoamericanos; y hasta qué punto es posible esperar, del seno de estos simposios, manifestaciones que contradigan su imagen publicitaria y que por lo mismo no puedan ser aprovechados por Gobiernos y capitalistas como una exhibición más de su poder para ocultar el verdadero conflicto entre Norteamérica y Latinoamérica tras un cortinaje de *relaciones públicas*.

El Simposio por dentro

A pesar de ser esta la cuarta vez que el Simposio se reunía, llama la atención el hecho de que sus participantes — varios de los cuales lo habían sido también de las anteriores reuniones — todavía no han tomado

la iniciativa de decidir ellos mismos el temario a discutir. Aún cuando debe suponerse que es en los intelectuales mismos en quienes recae la responsabilidad de plantear y tratar sobre los problemas que ellos consideran fundamentales, hasta ahora ha sido el organismo auspiciador de los simposios, el que ha fijado los temarios, y el que modifica sobre la marcha el programa que los participantes reciben multigrafiado el primer día de sesiones.

Esto quiere decir que, en general, los escritores, científicos y artistas convocados por la Fundación Interamericana, al responder afirmativamente no han pasado de aceptar cortésmente lo que para ellos no ha dejado de ser sino una invitación magnánima, que les ofrece la posibilidad de pasar una semana hablando de cosas interesantes, en un sitio agradable, y con los gastos pagados. O en otras palabras: la definición, jerarquización y tratamiento progresivo de los problemas que en principio justifican su encuentro, es el objetivo principal de la gran mayoría de los que asisten a estos simposios; y esto concuerda muy bien con el interés en que obviamente están los organizadores, de que aquellos se desenvuelvan sin que ciertos te-

mas escabrosos interfieran la atmósfera de amable y desenfadada convivencia que es la mejor garantía de éxito y continuidad para sus proyectos interamericanistas.

Esta vez, el programa de sesiones quedó establecido en la siguiente forma. *Lunes 6:* entre 6 y 7,30 pm., Conceptos Preliminares, con la participación de Mario Pedrosa, Iván Illich, Max Lerner, Claude Brown, Henry Geldzahler, Emir Rodríguez Monegal y Antonio Pasquali; a partir de los 9,30 pm., Aspectos del Cambio: La Nueva Integración, con la participación de Alejandro Otero en una demostración de las estructuras cinéticas concebidas por un grupo de artistas y técnicos venezolanos para la Zona Feérica aleada al anunciado Espectáculo Homenaje a Caracas. *Martes 7:* entre las 10 am. y la 1 pm., Aspectos del Cambio: Las Artes en los Estados Unidos, con la intervención de Harold Rosenberg, Elizabeth Hardwick, Alfred Kazin, Lillian Hellman, Robert Lowell y Frank Stella; a partir de las 8,30 pm., Aspectos del Cambio: Rediseñando un Continente, con la participación de Sergio Bernardes en la presentación de su proyecto de un sistema de transporte y comunicación para América del Sur, y

de Julián Ferris como moderador y de José A. Silva Michelena, Mathías Goeritz, Julio Cotler, Luis Alberto Bahía, Carlos Raul Villanueva y Ada Louise Huxtable como correlatores. *Miércoles 8:* entre 10 am. y 1 pm., Sociedades en Cambio, con la participación de Luis Felipe Noé, Carlos Delgado, Leopoldo Torre Nilsson, Alfredo Chacón, Max Lerner, Alberto Dines, José A. Silva Michelena e Iván Illich; entre 5 y 7 pm., cinco mesas redondas sobre el mismo tema de la mañana; a partir de las 9,30 pm., Brasil y Argentina con la intervención de Alberto Dines, Rubens Gerchman, Mariano Grondona y Leopoldo Torre Nilsson. Este día el Presidente de la Fundación resolvió los siguientes cambios en el programa: En vista del interés suscitado por la discusión de la mañana, en la cual se tocó el problema del imperialismo y de las responsabilidades ante él, anunció dicha discusión se iba a retomar inmediatamente después del almuerzo, pero una vez finalizado éste, avisó que los invitados tendrían la tarde libre y que la referida discusión iba a proseguir por la noche; cuando se reconstituyó la reunión, el Presidente presentó el asunto de la Declaración de la Casa de las Américas, y explicó como un olvido involuntario y en vista

de las relaciones entre el Gobierno venezolano y Cuba, la no invitación de cubanos al Simposio; además, anunció la casi terminación de esta serie de simposios y dijo que no tenía inconveniente en proponer que el próximo se celebrase en La Habana. La mencionada Declaración se comenzó a discutir en forma incoherente, produciéndose el abandono paulatino de la sala por parte de los norteamericanos y la imposibilidad de un acuerdo entre los latinoamericanos sobre la idea de redactar un manifiesto aclarando su posición ante las cuestiones señaladas por el texto cubano. Así, quedó eliminada la discusión central sobre Direcciones del Cambio, que correspondía al jueves en la mañana, y en su lugar se realizaron las mesas redondas sobre dicho tema; por la tarde se efectuaron las mesas redondas sobre el tema del miércoles; y por la noche se hizo la exposición sobre la situación de Brasil y Argentina, y se proyectaron las películas del desaparecido reportero de guerra norteamericano Ted Yates. (Para el viernes se anunciaba un panel de resumen, al cual no asistí por haber regresado a Caracas el jueves por la noche).

Visto desde dentro, apreciado a través del desarrollo de este temario, el IV Simposio de la Fun-

dación Interamericana para las Artes no ofrece ningún rasgo contrapuesto a los que hemos descrito como característicos de su imagen publicitaria. Y esto es especialmente significativo, pues a pesar del predominio numérico de personas ubicadas ideológicamente dentro del plano de un liberalismo que a la hora de diferenciar a Norteamérica sólo toman en cuenta cuestiones de tipología histórico-cultural; a pesar de los muchos invitados que permanecieron absolutamente silenciosos durante todo el desarrollo de las discusiones, y de los que se limitaron a defender o atacar manifestaciones de arte y literatura como si en los cambios que ellas experimentan no intervinieran serias o inevitables cuestiones económicas, políticas y sociales, a pesar de esto, en varias oportunidades se hicieron escuchar voces muy alertas ante los aspectos y niveles más concretos y decisivos de la dinámica mundial a la que, de manera ciega o responsable, pertenecen los cambios específicamente culturales.

Pero semejantes discrepancias internas, tales desviaciones "extremistas" de tono liberal de la mayoría, están previstas en la concepción misma de los simposios y aceptados con beneplácito en la medida en que no trasciendan al público y por lo tanto

no afecten el estilo de relaciones que los caracteriza; en tanto no signifiquen obstáculo alguno para que los jerarcas gubernamentales y capitalistas se precien de aparecer ante los ojos de todos como muy amigos de estos simposios, y puedan obtener los beneficios derivados de su exhibi-

ción con unas cuantas figuras prestigiosas, de las cuales la prensa, en su calidad de invitados al Simposio, se ocupa ampliamente, antes o después de las deliberaciones que esa misma prensa está obligada a ignorar.

Diciembre, 1967.